

PINCELADAS DE BASCONIA



Las Navidades en el caserío

(CONCLUSIÓN)

Amaneció todo blanco; los montes hacían *pendant* con las nubes, no se distinguía ni el verde claro de las praderas, ni el verde oscuro de los bosques; en las faldas de los montes aparecían cristalizados los lagos por la acción del frío; los riachuelos que con perezoso ruido bajaban de las colinas dejaban á un lado y otro fuertes capas de hielo; los elevados picos confundíanse, debido á la blancura de la nieve, con el color del cielo; el viento con su rumor parecía entonar conciertos tristes y melancólicos; aquel espectáculo; aquel silencio; aquel momento en que nada perturbaba la contemplación de la naturaleza que á pesar de su crueldad era simpática, hacía recordar la alegría de la primavera con sus pájaros piando y trinando por entre tantos y tantos árboles, con sus flores de Abril; con sus resplandores vespertinos; con sus amapolas; con su azulado firmamento; con sus rositas silvestres destacándose airosas entre zarzas; pero aquella mañana era de invierno, triste, de puro invierno.... hacía frío.

Por las inmediaciones del caserío Inchaurre reinaba una animación infantil; los niños en medio de gritería inocente jugueteaban con las gallinas y el noble perro guardián; las mujeres, unas con la aguja en la mano, cose que te cose pasaban la mañana; otras haciendo media conversaban con las primeras; algunos caseros acumulaban toda clase de arbustos secos para quemarlos por la noche en la gran fogata que se estaba preparando en honor del hijo ausente, del soldado que se hallaba de guarnición en Madrid y que había de llegar aquel día para pasar las Navidades al lado de sus padres; al lado de aquellos robles y aquellas

encinas plantadas por las generaciones anteriores, y esmeradamente cuidados por Ignacio; al lado de aquel rebaño, de aquel ganado, al que tantas veces condujo á pacer; al lado de aquéllos campos fertilizados por sus trabajos y sudores; al lado de aquella bendita cocina en la que tantos y tantos consejos, tantas y tantas máximas había escuchado de labios de su ya achacoso padre; al lado de sus amigos, de sus relaciones, de las que se había privado corriendo por esos mundos de Dios.

Los corrillos de caseros que al atardecer conversaban en la explanada del caserío Inchaurbe después de dejar terminadas sus faenas de aquel día, esperaban con impaciencia la llegada de Ignacio. Queríanle mucho, pues su afable y servicial trato hizo que careciera de enemigos. Algunos *gizones*, que durante las largas veladas de invierno habían aprendido de sus mayores los episodios de las hazañas de los bascongados y algunos trozos de la historia de Basconia, narraban varios pasajes siempre con fogoso entusiasmo; las victorias que las tropas bascas llevaban á cabo cuando peleaban por orden de sus Juntas Forales, cuando unidos á la Corona de Castilla eran respetadas sus libertades por los demás reyes y naciones.

*
* * *

Oscurecía, y el tiempo frío que reinaba apenas si permitía estacionarse en punto determinado; aunque el sol había salido á ratos, en aquella hora huyó como avergonzado, para que el silencio de la noche, el recogimiento y el reposo recibieran cual misteriosos emisarios á la luna, único faro y guía de los montes.

Todos los *gizones* se retiraron á sus viviendas cercanas á Inchaurbe; en este se cerraron ya las puertas, concentrándose entonces la vida de aquella familia bajo el ahumado techo de la cocina.

Tanto en Inchaurbe como en los demás caseríos se esperaba con impaciencia la presencia de Ignacio, pues habíase recibido carta en la que anunciaba su llegada para aquella misma tarde.

En el campo ya nada se sentía; ni el golpeo del leñador que corta combustible para el fuego; ni el ruido de la carreta, en retorno de la ciudad á la montaña; ni el canto de los *mutillak* en la noche del *Gabón*.

Cuando más entretenida se hallaba la familia de Inchaurbe, oyéronse en la puerta dos golpes, que fácilmente se comprendió eran los que

significaban la llegada de Ignacio. Y así fué; y gritos de alegría se sucedieron á la par que se abría la puerta en aquel momento.

¡Ignacio! ¡Ignacio! gritaron todos con un contento sin igual; sus hermanas reían, sus hermanitos le abrazaban y estrechaban sus manos; el pobre Ignacio ¡Ama! ¡Aita!, prorrumpió con efusivo gozo á la vista de sus padres: les abrazó con fruición inmensa, derramando al mismo tiempo lágrimas de contento. ¡Oh! era el gran momento para Ignacio; abrazar á su madre, á su padre, contemplar á su abuela... Enseguida se notificó la noticia á los caseríos cercanos, cuyos moradores corrieron anhelantes á Inchaurbe; siguieron las muestras de cariño y de júbilo por la llegada del soldado; en pocos momentos se animó extraordinariamente la cocina del caserío; las preguntas se sucedían sin cesar; anécdotas, casos y cosas ocurridas en el cuartel, contó con un donaire que hacía soltar risotadas á los circunstantes; *gizones*, *mutillas*, *neskachas*, *echekoandres*, todos se hallaban allí escuchando aquella prosa que salía fresca y fluída de labios de Ignacio. Recordaba aún el día de su marcha á Madrid, de su despedida triste.

La fogata comenzó á arder. Era grande la cantidad de leña y zarzal amontonado y por lo tanto la fiesta había de durar largo rato. De repente todos se dispusieron á bailar al rededor de ella. Los del caserío Uralde; Manuel y Pachi, los de Lizardi, todos los ancianos de los caseríos cercanos; no faltó tampoco *Josepa* la *andregaya* de Manuel; Ignacio con sus hermanas, hermanos y amigos todos; la animación era extraordinaria; la alegría completa; á las voces del *aufa* comenzó la fiesta. Bailaron todos á corro, asidos de las manos, con esparcimiento y placer, á la vez que con agilidad y ligereza.

Cuando la fiesta tocaba á su término presentáronse en aquel lugar tres *kantariyak* que con la impedimenta de un farol, un tosco palo y un silbo alegraban la montaña anunciando el *Gabón*. Se detuvieron en el numeroso grupo y cantaron algunos versos, con tal espontaneidad y acierto, que á su conclusión no pudieron menos de recoger sabrosos aguinaldos. De la misma manera merodeaban otros grupos por el valle y la montaña; los cánticos de los *mutillak* se sucedían, y ya el contento de Nochebuena era general.

Terminado el baile, todos los allí presentes abandonaron aquel lugar; las despedidas con sus *biyar arte*, gritados por los unos, contestados por los demás con *Jaungoikuak nai badu*, fueron tiernas y cariñosas; y, desde aquel momento, comenzó la vida íntima, concen-

trada en el caserío. En Inchaurre preparábase una gran cena con la que se pensaba obsequiar á Ignacio; su madre muy contenta ponía la mesa ayudada de sus hijos más jovencitos. Toda la familia ayunó durante el día; tampoco Ignacio probó alimento.

Bajo la enorme chimenea de aquel caserón vetusto, y sin comodidad alguna, arde un fuego continuo, alimentado de vez en cuando por los robles y encinas cortados para dicho fin en el bosque; incrustado en la pared aparece un saliente triángulo de hierro de donde pende el puchero en que se condimenta el plato escogido de Nochebuena: *azoliyo*; á su lado se ve otro del que cuelga el tamboril que asa las castañas: movido por uno de los hermanos de Ignacio; y como si quisiera presidir la felicidad de aquel hogar santo, de aquel alcazar de honradez y laboriosidad, de aquella austera morada de sencillez y rectitud, aparece en medio de la chimenea y en la parte superior, á modo de faro, inextinguible, el *krišelluba* con su luz incierta, que revela la antigüedad de su origen. A un lado de la cocina canta con voz trémula un trozo de nuestros sentimentales aires bascos la abuelita, meciendo al mismo tiempo la cuna donde reposa en imperturbable sueño uno de sus nietezuelos, y terminando el final de cada estrofa con aquel *lo-lo* tranquilo y soñador. También los criados *morroyak* toman parte en la fiesta con los de casa, unidos por los afectos que siempre campean en el hogar euskaldun. La alegría más grande reinó durante la cena, no se hablaba más que de festejar con bullicio y contento los clásicos días y la llegada de Ignacio; su madre le contaba lo mucho que su ausencia le había hecho sufrir; su abuela decía: ¡cuantas veces, Ignacio, me acordé de tí en la ermita cercana, y cuántas te ponía con mis ple-garias en manos de la Virgen; no pocas llevaba mi pequeña ofrenda rogando por que no olvidaras lo mucho bueno que en esta casa aprendiste. Las labores del campo, la situación de las tierras, el estado del ganado, la producción de los trabajos y otros particulares del caserío le fueron refiriendo con aticismo y donaire exclusivos del *baserritarra*, su padre y hermanos.

Es que aquello era un verdadero hogar; allí se respetaban las creencias, la tradición, las sanas costumbres; allí los sentimientos y la fé de los mayores; allí surge una sociedad pujante y vigorosa sustentada en el orden moral; allí se tributan los honores de un verdadero culto al patriotismo y á la libertad legítima, sin necesidad de aparatosas fuerzas ni amenazantes códigos penales. Aquel hogar traíame á la memoria las

palabras de oro que un ilustre sociólogo extranjero decía en uno de sus notabilísimos escritos (1) «No es el cuartel el que crea el patriotismo sino el hogar. Las poblaciones de los países bascongados en donde los Fueros habían fundado la armonía desde hace algunos siglos, las del Oeste de Francia en que las relaciones entre propietarios y colonos habían sido excelentes, han desplegado una energía extraordinaria para mantener sus usos».

Con cánticos y alegrías terminó la cena, preparándose todos para la misa de Gallo que pronto iba á celebrarse en la iglesia de la aldea. Las fuertes campanadas que ya sonaban, alegraron el triste silencio que por entonces reinaba en el campo; los vecinos de los alrededores todos acudieron en bulliciosos grupos á cumplir con aquel precepto casi de rigor entre ellos. Oyeron misa, escucharon villancicos, cuyas notas parecían difundirse todavía por los aires, al regreso de los caseros.

¡Día de Navidad! ¡Navidad en el caserío! Con qué gozo se escuchan estas frases! Si alegre fué el *Gabón*, no le fué en zaga el día de Navidad con su misa mayor, sus corros de caseros que se formaron á su terminación en las inmediaciones del pórtico, sus juegos de pelota, sus diversiones campestres, sus diálogos llenos de gracejo y máximas de experiencia con el *apaiza-jauna*, y otros tantos hermosos cuadros, dignos en verdad de un hábil artista.

Llegaba la fecha del sorteo de mozos para el ejército y por tanto el de Pachi, pero no importaba; pues si se acercaba dicho día, no había de tardar el de la boda de Manuel y Jošepa; y efectivamente llegó; verificóse el matrimonio en medio del mayor júbilo; Pachi aseguró su estancia en el caserío de su padre y Manuel una vida feliz.

*
* *

¡Nochebuena y Navidad! Qué lástima que no conozcan sus dulzuras inefables los que hacen la vida tristísima de taberna, y todos los oprimidos por el vicio, dejando que su mujer y sus hijos sufran llorosos y famélicos, en un rincón de aquella casa sin jefe, la más amarga de las soledades, al mismo tiempo que escuchan en la calle cánticos de alegría.

Pero no quiero entenebreecer al final la pincelada que toscamente he trazado. ¡Para todos nació Dios!

ADRIÁN DE LOYARTE.

(1) «L'anthropologie et la science sociale» por Adrien Arcelin.